



EDITORIAL

De siempre el hombre se ha caracterizado por incrementar el volumen de sus conocimientos e introducir mejoras en su instrumentación para habérselas con una complejidad que, durante la mayor parte de la historia, derivó fundamentalmente de los fenómenos naturales. Una diferencia esencial con relación a nuestros días es que la complejidad actual tiene su principal causa en la actividad humana. Lo que el Club de Roma llama el "desfase humano", esto es, la distancia que media entre la creciente complejidad de nuestros propios actos y el retraso en el desarrollo de nuestras capacidades, se traduce a nivel de sociedad en una tendencia a perpetuar viejos esquemas que, en muchos casos, la experiencia ha demostrado son ineficaces. Así, la corriente de liberalismo económico que se detecta en los Estados Unidos y en algunos países de Europa, o la insistencia en la planificación a ultranza de los Estados del Este, que, con todo, no logra elevar el nivel de vida de la población. O la grave situación de los países del Tercer Mundo, exportadores de materias primas e importadores de una tecnología que, en muchos casos, y por factores como el bajo nivel cultural de la población o el propio interés de los países vendedores, no se adecúa a sus verdaderas necesidades.

cionados con los planteamientos anteriores, persisten problemas acuciantes, como el paro y el hambre, para los cuales se carece aún de respuestas serias. Otras cuestiones, como el retraso en la investigación de fuentes de energía alternativas, la problemática de las centrales nucleares y sus desechos, o la creciente contaminación de los ríos y mares, ponen en evidencia la falta de la necesaria visión de futuro en las pocas medidas que se toman, encaminadas a resolver a corto plazo las dificultades inmediatas sin evaluar convenientemente las posibles consecuencias de muchas de ellas. es también el auge de los medios de in-

formación y comunicación. Su potencial formativo se ve en gran medida desaprovechado, y a menudo se ponen estos medios al servicio de intereses que nada impulsan el desarrollo integral de la persona. Concepciones arcaizantes de la vida, de las relaciones humanas, de la mujer, del trabajo; interpretaciones deformadas, según la situación lo requiera, de la realidad, se asoman, por ejemplo, cada día a nuestros televisores, con el beneplácito de aquellos a los que favorece un cierto subdesarrollo cultural de la audiencia.

Todo ello parece indicar que mientras vivimos insertos en un nuevo nivel de riesgo y complejidad, el entendimiento, acciones, decisiones y valores humanos siguen enraizados en una perspectiva mundial que ya no hace al caso.

España participa de la situación general con una falta de experiencia de vida democrática a todos los niveles. Así, los sucesos del pasado mes de febrero revelaron la facilidad de un jaque tan contundente contra las normas establecidas de convivencia, y la intolerancia exarcebada que aún prevalece en ciertos sectores de nuestra sociedad. A todo ello, respondió la voluntad de convivencia pacífica y plural de la mayoría.

Los viejos esquemas intentan sobrevivir, y lo consiguen en aspectos tan fundamentales como el educativo.

Como universitarios, nos desenvolvemos en un ambiente supuestamente abierto, pedagógico, científico y humanamente formativo. Es evidente que en la Universidad española no se dan actualmente ninguno de estos supuestos. La evolución de las normas sociales y políticas de los últimos años, no ha encontrado un eco, ni siquiera aproximado, en la institución que en otros tiempos fuera paradigma de tolerancia y modelo de aprendizaje y formación humana.

La Universidad, concebida como fábrica de producción de futuros empleados — cuando no existen planes coordinados de empleo —; con la estrechez de la especialización, el acientifismo, la masificación; con el chauvinismo imperante en las disciplinas académicas, con la mentalidad defensiva de numerosos administradores, y los deplorables recursos que se le tiene a bien conceder anualmente, parece haberse estancado en un largo y oscuro túnel.

En éste contexto nos centramos para deplorar las condiciones en que se llevó a cabo la elección de nuevo Rector de la Universidad Politécnica. En ningún momento cuestionamos la personalidad profesional y humana del Profesor Portaencasa: nuestra crítica se refiere a las circunstancias en que su elección se desarrolló, impropias, creemos, del momento que nos toca vivir. La abrumadora cantidad de trabajo con que los planes de estudio nos obsequian, provoca un cierto desentendimiento y abulia por nuestra parte que favorece el caso omiso que las autoridades académicas dedican a nuestra representación. Pero no sólo la ausencia de sufragio universal por parte de alumnos y personal docente y no docente cuestiona la representatividad de la elección, sino también el hecho de relegar a segundo plano a las Escuelas Universitarias, el pintoresco método de votación de candidatos, la absoluta falta de información acerca de sus programas, y, por fin, la apresurada y casi clandestina convocatoria de elecciones. Manifestamos nuestro más enérgico rechazo a estos métodos de gestión, que creíamos felizmente superados.

Aún estamos muy lejos de esa Universidad "que debiera ser un laboratorio que analice el pasado, ausculte el presente y prepare alternativas para el futuro" ("Aprender, horizonte sin límites" Informe al Club de Roma. J.W. Botkin, M. Elmandjra, M. Malitza. Aula XXI, Santillana)